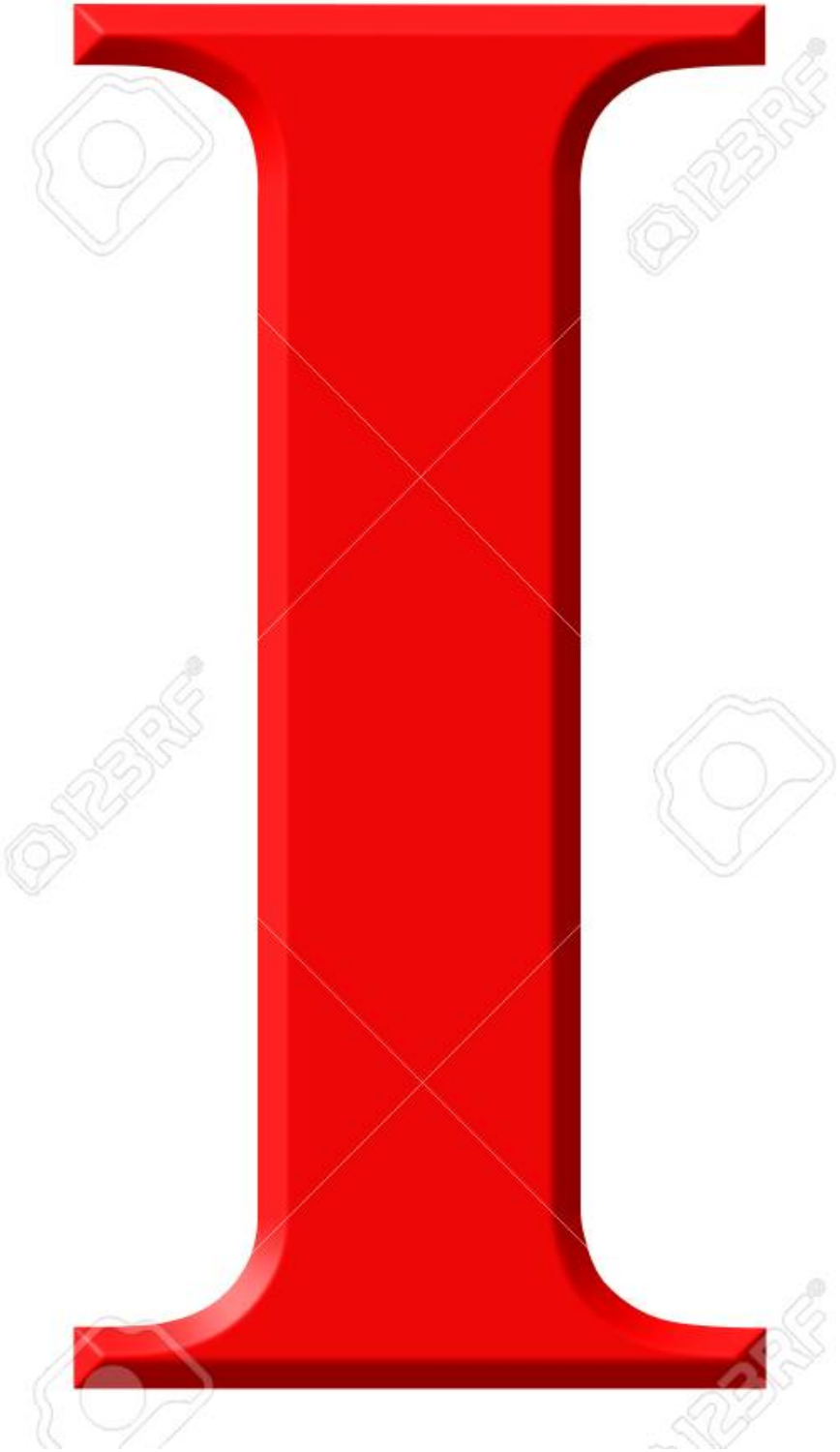
Cuentos de locura, secretos y muerte

Jack Andrew



Capítulo 1

El espía en la terraza

El joven puberto, con sus cabellos revoltosos, cara grasienta, y manos peludas se encontraba en su habitación recordando a su vecina. El mismo ritual repetía todos los días en aquella larga cuarentena. Subía desde su cuarto a la terraza desde donde se veía el patio de la vecina, una cuarentona soltera que todos los días salía en malla a tomar sol. Y el joven, quien simulaba hacer alguna que otra tarea para no caer en la obviedad de sus intenciones, volaba dentro de su cabeza. El joven se veía conquistando esas cumbres, caminando por esos valles, adentrándose en esa cueva profunda y cavernosa, bebiendo las exquisitas aguas del oasis y finalmente explotando para trascender en cuerpo y alma hacia el infinito junto a su amada. Las miradas golosas eran rápidas, porque no se podía permitir ser visto por su deseada vecina, quien se volteaba en su reposera con salvaje aires de provocación. ¿Serian dirigidos a él los tan violentos movimientos? ¿Acaso la fantasía que invadía al joven tendría una luz de realidad? Realidad que no podía concebirse de otra manera que en absoluta complejidad con la solterona. Pero no. Era imposible que se crucen las miradas, el solo "acomodaba" las masetas y ella, imponente y sensual, posaba como las más hermosa de las modelos. Esas escandalosas prendas se postraban sobre el cuerpo de la mujer escondiendo de la vista voraz del muchacho aquellos bienes tan codiciados por él. Y luego de un rato observando aquel espectáculo corría a su cuarto, cerraba la puerta y daba rienda suelta a sus más descarnadas fantasías en compañía de sus manos inquietas. Y pasaban los días. Hacia esos días el mayor temor del joven era que la temperatura baje, impidiendo que la vecina salga a deleitar sin saberlo a aquel joven espectador. Y así fue que una de esas numerosas el jovencito se encontraba "acomodando" un limonero mientras babeaba viendo a la vecina con un hermoso bikini morado. Él se imaginaba saltándole encima, arrancándole la prenda e introduciéndose en el mundo interior de aquella hermosa dama. Esta vez fue demasiado fuerte. Aquellas montañas, símbolo del placer y deseo, se alzaban más imponentes que nunca contrastando con la pared blanca que les hacía fondo. Las gotas de sudor se metían por el cuello del joven quien no se podía rascar, porque sus manos oficiaban una inmoral y peligrosa tarea. Tal vez comenzó sin darse cuenta. Las ruedas giraban al ritmo del canto de los pájaros. La mirada no se podía mover de aquel espectáculo hermoso que la vecina propiciaba mientras que el chico se meneaba parado en una grotesca posición. La respiración entrecortada del joven se aceleraba, la bermuda que llevaba puesta, ahora se manchaba con la tierra del suelo. No se podía detener, no se quería detener. El cerro los ojos un segundo, el placer estaba a unos metros y una endeble cerca, y un extraño sentimiento de civilidad, le

impedían poseerlo. Como un tigre se sentía, acechando a su presa. Y abrió los ojos. Le faltaba poco para llegar la meta, y la respiración era veloz e intensa, y la vecina lo miraba fijamente. El se paralizo del miedo. La mirada de la cuarentona se cruzaba ferozmente con esa patética escena de hormonas incontrolables. Ya los pensamientos del joven se habían alejado del erotismo y se metían en golpes, gritos horrorizados de la vecina y su madre, e incluso una llamada a la policía. Le ordenó a sus manos parar, pero ellas no quisieron. Su cuerpo seguía la mecánica acción y los ojos de la vecina se clavaban extrañamente en el joven. ¿Por qué lo miraba? ¿Por qué no corría a acusarlo? ¿Por qué no acababa con este sufrimiento? Ella miraba ferozmente. Seguramente este horrorizada pensó el chico, impotente ante tal horrendo espectáculo. Y la vecina lo miraba. Y fue un segundo que ella se detuvo a pensar. Aquel grotesco joven, lo miraba con un deseo asqueroso. Se cuestionaba hacia cuanto rato, o peor, hacia cuantos días, que ese chico quien era incapaz de detener tan impuro acto a la vista de todos, la estaba mirando. Y ella podía sentir como la desnudaba con la miraba y quiso taparse con las manos. Y en el segundo siguiente a esos pensamientos de indignación, lo reconoció. Lo vio en sus ojos. Vio en esos ojos inmaduros y secos, a su marido. Su marido quien hacía tiempo murió. Y su marido quien fue el último que la vio con esos ojos. Hacia tanto tiempo ya. Y entonces bajo los brazos, no se tapó más. Aquella extraña escena finalizo. Indignación, odio, placer, humillación, sexo, vergüenza. Todo eso atravesó ese momento. Y el joven se encontraba palido y llorando en su cuarto. Todo había acabado, todo el mundo se derrumbaba. Ya podía sentir las miradas de indignación en el barrio. Él iba a ser reconocido únicamente como aquel de manos inquietas. Se encontraba solo en su casa. Y ya esperaba la visita de la policía para llevárselo por actos indecentes o peor, de su vecina, quien lo retaría furiosamente y esperaría a que su madre llegue para que, entre las dos, le den su merecido. ¿Por qué se lo había quedado mirando? ¿Quería fotografiarlo en su mente para no olvidarse el sentimiento de indignación a la hora de reprenderlo? ¿Se había quedado inmóvil ante tal cursi acto? ¿Le había gustado tal vez? El joven encontró un brevísimo consuelo en esa idea. En los tantos videos prohibidos que había visto era una situación común, y tal vez una mujer solitaria y sin marido encontraría consuelo en un joven impetuoso como el. Imposible. El joven se volvió a castigar mentalmente por surgerir que un mujer hermosa y correcta como su vecina caería ante tal puberto odioso. El timbre lo distrajo. El terror lo inundo y casi rompe en llanto. ¿Quién es? Grito temeroso, esperando a la vecina enfurecida, a su madre o a la policía, o tal vez a su madre la vecina y la policía para que el castigo venga de todos lados. “Tu vecina”, alcanzo a oir el joven y se dirigio a abrir. Es curioso, pensó, no grito tanto como el creía, y abrió la puerta.

Con culpa

El hombre agarra con fuerza el volante. Las gotas de sudor le corrían por la nuca y algunas le llegaban a la espalda creando cierta molestia. No

hacía calor, de hecho, era una de las noches más frías del año según venían diciendo en la radio. Aun así no paraba de transpirar. Se maldecía por dentro. Se maldecía y odiaba al mismo tiempo, porque de nuevo había recaído en las viejas historias de siempre. Pensó un segundo en su mujer y las piernas le temblaron. Su dulce esposa ahora mismo estaría dormida, feliz tal vez, en algún sueño maravilloso. Eso esperaba, porque el solo hecho de pensar que ella podría estar sentada en su comedor esperando su retorno lo paralizaba hasta el último musculo. En una rápida maniobra salió de la extensa avenida por donde venía andando y se adentró en una oscura calle. Observo por el espejo retrovisor y la vio. Una hermosa chica recostada dulcemente en su asiento trasero, parecía un ángel. Sus cabellos rubios le caían sobre el rostro y su piel brillante no parecía opacarse por lo oscuro del ambiente por donde estaban transitando. El hombre se distrajo unos segundo viéndola por el espejo retrovisor, era una mujer preciosa.

La había conocido en ese bar que quedaba en frente de la oficina donde él trabajaba. Ella se encontraba en la barra, sola, parecía no esperar a nadie pero a la vez esperando a cualquiera. De esas personas totalmente abierta a cualquier gesto amable y que estaría dispuesta a entablar una conversación con el primero que quiera intentarlo. Él se acercó consiente de esa situación, no lo hubiera querido pero sabía de sobra por experiencia cuando alguien se encontraba en ese estado. Hacía tiempo que él se había prometido no seguir engañando de una manera tan cruel a su amada esposa, pero siempre que salía del bar una extraña fuerza lo atraía hacia aquel lugar y esa noche, esa fuerza, le había ganado otra vez. Y así se encontró, la misma rutina, invitándole un trago con su encantadora sonrisa y comenzando una charla que siempre derivaría en los mismos temas básicos e prehistóricos de siempre. No le costó mucho hacer que esa hermosa mujer se dirigiera con el hacia el estacionamiento y que, protegidos y resguardados por la oscuridad de aquel tétrico lugar, ambos dieran rienda suelta a sus instintos más básicos. Una vez finalizado el repugnante acto y de ofrecerse a llevarla a casa, el salió del auto un segundo, se acomodó la ropa y se largó a llorar por haber recaído una vez más en tan deplorable conducta. Y luego de ver una vez a su bella acompañante recostada dulcemente en su asiento trasero se dispuso a conducir hasta la dirección indicada a la que ahora, se estaba aproximando.

Finalmente se encontró en la calle donde ella vivía, no quería molestarla hasta encontrar el lugar así que se fijó bien, antes de bajarse del auto. Estaciono despacio justo al lado de un gran conteiner de basura y bajo del coche. Abrió la puerta trasera del auto y pego un largo suspiro. De su bolsillo trasero saco unos guantes y rápidamente se los coloco, casi al mismo tiempo introdujo sus brazos en el asiento trasero y tomaba suavemente a la mujer por las muñecas. La levanto con sumo cuidado, no quería que se lastimara. Observo su hermoso cabello, su piel suave, sus grandes labios y su hermoso cuello. Que lastima, sus gruesos dedos

habían arruinado esa parte del cuerpo de aquella hermosa muchacha. Pero tampoco tenía tanto tiempo para raparse en detalles, la saco del auto y la metió en el conteiner de basura, justo en frente de la casa de aquella mujer. Se subió al auto y se fue a casa con su esposa.

El último en pie

____El soldado Robert Dallas se encontró de pie en aquel devastado escenario. Contemplo ese cruento desfile de cadáveres, sangre, viseras y escombros. Todo estaba bañado por una fuerte lluvia, típica de aquellos campos de Europa, y que ahora parecía un intento de Dios por querer quitar al mundo esa mancha tétrica que cada vez se agrandaba más. La guerra de la que tanto había oído hablar en América era un realidad tangible que, en esa fría mañana de 1915, se había hecho presente en su vida y llego llevándose a casi todo su pelotón, el solo quedaba en pie. Y ahí estaba, de pie, confundido y atontado en aquella trinchera que apenas una hora antes, rebosaba de vida. Mike, Stephen, John, Gordon. Todos compañeros suyos. Todos muertos. Todas víctimas. El ataque había comenzado a las 8 de la mañana. Solo se necesitó un segundo, un grito del sargento a cargo y todo se volvió caos. Las balas llegaban certeras hacia su posición, y los soldados comenzaban a caer, uno a uno. El disparaba sin ninguna noción clara de a quién dirigir su fuego. El arma vibraba y lo único que lo sacaba del trance, eran las frías gotas de lluvia que le caían por el rostro y se metían velozmente en su camisa. De un momento al otro sitio un estruendo, un empujón. Y cuando volvió a abrir los ojos el combate había finalizado con un resultado desastroso para los tropas norteamericanas. Sintió frió. Un dolor pulsante en su abdomen, y fue ahí cuando advirtió que su mano había estado reposada en este todo el tiempo. La sangre manchaba su camisa y goteaba lentamente por su mano. Dolía. Pesadamente arrastro los borceguíes y comenzó a recorrer esa destruida trinchera. Las caras de los soldados muertos hacían gala de una extraña paz. Una paz forzada, una paz que llega como respuesta a un sufrimiento inimaginable. No era paz. Era cara de descanso. Descanso después de sufrir. Y Robert se sintió cansado. En extremo. Los días antes al ataque fueron de una tensión en constante aumento, que a pesar de la ausencia aparente del enemigo, mantenía a todos en alerta. El enemigo podía atacar en cualquier instante y ellos lo sabían. Pero ya está. El ataque había pasado y ellos no resistieron. Y la tranquilidad luego de la tormenta devolvió a Robert sensaciones básicas como el cansancio y el sueño. Se sento apoyado contra una de las paredes de la trinchera y suspiro. El dolor de aquella herida era horrendo. No le permitía moverse. Sufría, pero no podía hacer otra cosa que esperar a las ruedas de reconocimiento del ejército y que se lo llevaran a recibir atención adecuada en un hospital. Pensó en lo mucho que odiaba a los hospitales en su ciudad, y que en el campo de batalla, era el destino anhelado por todos los soldados. Había que esperar. Ya no sentía frió. Tampoco fuerzas para ponerse de pie. Sentía la sangre escurrirse entre los dedos y su ropa empapada por su herida. “Está mal”. Susurro pensando en eso mientras

veía al soldado muerto en frente de él. Parecía que dormía, y eso quería el, dormir. Recordó a su

madre diciéndole de pequeño que al dormir todo lo malo se alejaba, que en los sueños siempre se alcanzaba lo deseado y que cualquier cosa era posible en ese momento. Él quería dormir y que todo fuera posible. El odiaba la hora de la siesta, pero en ese momento, en ese lugar, deseaba con todas sus fuerzas escuchar a su madre llamarlo para que se acostara. Cerró lentamente los ojos e imagino que estaba en su casa, caliente, en su cama y con su madre dándole ese tierno beso de buenas noches. Era raro, la herida había dejado de doler y las gotas parecían ya no penetrar en su camisa. La lluvia parecía caer más despacio de golpe. Las gotas parecían respetarlo, como los animales que respetan a los animales heridos y cerca de la muerte. Estiro las piernas y apoyo la cabeza lentamente sobre las paredes de tierra. Dormir, parecía difícil, pero ahí no podía intentar más que eso. Casi que pudo sentir el beso de su madre en la frente. Exhalo pesadamente, aflojo el cuerpo, y se durmió.

La sed

Hacía tiempo que Susana y Mariano habían quedado solos. Susana era la madre. Mariano el pequeño hijo. Apenas 1 año tenia y mucha sed. Aquel paraje árido y solitario no ayudaba a sobrellevar la necesidad del pequeño. El padre, un buen hombre, llevaba un tiempo muerto. Un asalto, un ajuste de cuentas, un loco suelto, mucho se había hablado nada se había resuelto acerca de su extraña muerte. Y así Mariana quedo sola sobreviviendo de la caridad de la gente del pueblo cercano, quienes, más que por ella, se apiadaban del pequeño Mariano y le acercaban alimentos, ropa y otras necesidades. La casa era pequeña, dos dormitorios, un baño, un pequeño comedor y una todavía mas pequeña cocina. Y un aljibe. Un pequeño aljibe ubica en la parte trasera. Un viejo aljibe que, a pesar de su aspecto miserable, ayudaba a sobrevivir en aquel agobiante paraje en medio del desierto. Susana tejia todo el tiempo. Todo el tiempo, a toda hora era posible encontrarla en la mesedora de su comedor, meciendose y tejiendo. Tejia de todo, ropa, abrigos, mantas, bufandas, de todo. Y marianito necesitaba ropa. Mucha ropa. Y ella tejia, a su hijo ropa no le iba a faltar, no podia faltarle. Y Mariano lloraba, tenia sed. A cada rato, su llanto interrumpia el silencio de aquel lugar. Tenia sed. Y Susana tejia, no paraba. Marianito necesitaba ropa y ella tejia, era un enterito, un enterito verde. Cuando Marianito lloraba y no habia agua al alcance, Susana se paraba, dejaba su tejido, y se dirijia al aljibe. Bajaba aquel balde con el oxidado alambre y recogia agua. Pero pasada una o dos horas, Mariano volvia llorar y el agua se acababa. Susana sin hacer ninguna mueca dejaba el tejido, iba al aljibe, bajaba el balde, y recogia agua. Una noche llovio. Hacia tiempo que no llovia y por unas horas todo se alivio, pero el calor volvio con mas fuerza. Era insoportable, Marianito no paraba de llorar, y Susana tejia. El enterito casi estaba terminado y faltaban los detalles finales, asi que Susana continuaba a paso firme. Seguia porque

Marianito necesitaba ropa. Y entonces lo de siempre, Marianito lloraba y Susana tejia. Pero el calor no aflojaba y el niño no soportaba. Lloraba sin consuelo, agitaba los brazos en su pequeña cuna. Y Susana tejia. No apatarba los ojos de su trabajo y una gruesa gota de sudor le recorria el rostro. Pero ella seguia tejiendo. Marianito lloraba y con sus pequeños brazos tomaba los barrotes de la cuna agitandola furiosamente. Y Susana se levanto. Se levantó dejando el entero casi terminado en la mesa, se acomodo su vestido, se recogió el pelo y lentamente fue a la habitacion de su amado hijito. Agarro al pequeño quien no paraba de llorar, y le susurro al oido "vamos a refrescarnos Marianito". Fue al aljibe cargando al estruendoso niño. Una vez ahi. Susana tomo el balde y pensó que era grande, lo suficiente. El niño fue colocado con cuidado en aquel recipiente de metal sin detener su llanto abrupto, el metal estaba caliente por el insoportable calor. Y Susana tomo el oxidado metal y vio como los ojitos de su hijo la seguían con la mirada, el movimiento de sus manos era lento pero firme. Tiro y tiro hasta que escucho el sonido del agua recibir a su amado, hermoso y querido hijo junto con el balde. Susana estaba feliz, su hijo se refrescaba. Y se alejó mientras veía como el alambre se movía furiosamente, seguramente el niño intentaba nadar. Susana se alegró se debía estar divirtiendo. Y siguió tejiendo. Tejió y tejió y el enterito quedo hermoso, justo de la talla de su amado Marianito. Y fue al aljibe con una toalla para secar a su hijito y el enterito. Primero lo llamo, por si había salido del balde para que se suba de nuevo. Cuando sintió el peso lo subió. Marianito estaba quieto, con sus ojitos cerrados, empapado. No se movía y a Susana le pareció tierno. Era raro. Su piel blanca, igual a la de su padre, había adquirido un ligero, muy tenue, tono azulado. Se había refrescado. Le puso el enterito al inerte niño le acomodo el pelo todavía mojado y lo mecio por un rato, antes de llevarlo a su cuna.

Bill London: Historia de un cazarrecompenzas en el lejano oeste

El hombre se secó el sudor de su frente, mientras con una mano tomaba firmemente las riendas de su caballo. Galopaba velozmente y su cabeza daba vueltas mientras escuchaba los numerosos comentarios del hombre que cabalgaba a su lado. Pensó que era simpático y le generaba una agradable compañía, toda una suerte encontrarse con alguien así en aquella desierta llanura y algo muy inusual en la dura y penosa vida de un cazarecompenzas como él. Las circunstancias de su encuentro fueron poco agradables y dignas de contarse. El cazarecompenzas, cuyo nombre era Bill London, salió en la búsqueda un peligroso forajido que, días antes, había asaltado junto con su banda un pequeño rancho a las afuera de BlackRocks y asesinado a varios hombres y mujeres. El bandido había sido visto cerca de un lago, parando con su banda, y ahí fue donde acudió Bill con el objetivo de darle caza y llevarlo, vivo o muerto, ante los ojos del Sheriff. Muerto. Ese fue el resultado del desgraciado y de los pocos hombres que lo acompañaban, pero muerto podría haber resultado el legendario cazarecompenzas de no haber sido por la aparición de aquel hombre. Él ya era bastante mayor, demasiado para el peligroso oficio que

tenía, y una distracción lo puso en una posición crítica en el enfrentamiento con la banda, y fue ahí cuando, entre las rocas, apareció un joven muchacho, con una pluma atada a su frente, quien hábilmente derribo a dos bandidos, dejando en bandeja de plata al objetivo de Bill. Y asi fue, el viejo cazarecompenzas, quien de tantas parias libro a aquellos prados, llevaba el cadáver de un nuevo bandido a lomos de su caballo y a su lado, un joven indio quien le había salvado la vida. El joven muchacho hablaba de aquellos campos con particular cariño, ya que el se había criado corriendo por estos. Y Bill escuchaba los comentarios con eterno agradecimiento, porque en esos llanos, encontrar a alguien con semejante valentía y deseos de ayudar era algo poco usual. El señor London también se encontraba en un estado de extraña admiración, cientos habían sido los tiroteos en los que participo y el, siendo un extraordinario tirador, pocas veces vio a una persona empuñar y disparar con tal eficacia un revolver. Aquel indiecito había sido como un angel protector, un milagro inclusive. Bill sonrió mientras escuchaba animadamente los comentarios de su salvador. Y casi al mismo tiempo empezó a imaginar su llegada al pueblo. Se veía a el mismo bajando de la colina con el indio a su lado, la gente vitoreando, el sheriff con una sonrisa felicitándolos. Luego, los dos bebiendo en la cantina, contando su historia… Y todos se enteran que el viejo Bill fue salvado por un indio, se asombraran de esta amistad, el tantas veces lucho contra los Sioux y Pieles rojas en las llanuras, matando a tantos. El pueblo hablara ya no del Gran Bill, más bien, del viejo Bill y su chueca puntería. El sheriff repartirá el botin, porque siendo justos, el solo no atrapo al forajido. La imagen horrorizo a Bill quien comenzó a transpirar, y ya no del calor. Detuvo su caballo bruscamente a unas pocas millas del pueblo. El joven indio freno extrañado y corto de golpe con su relato de las cacerías de búfalos. Bill lo miro con pena y le dijo “perdón”, y con un rápido movimiento desenfundo su revólver, y disparo.